

consecuencias de semejante retirada. Os incumbe, señor mariscal, ser á la vez el salvador de un grande ejército y el principal instrumento de las concepciones de nuestro glorioso soberano. El día en que las tropas vuestras asomen junto á las márgenes del Tajo y faciliten el paso de río tan caudaloso, vos seréis el verdadero conquistador de Portugal.»

Escritas estas cartas y formada su columna, se puso el general Foy en marcha el día 27 de enero y presentóse en el cuartel general el 5 de febrero. Su llegada produjo en el ejército una sensación algo viva, porque lleno de las impresiones recibidas en París durante sus entrevistas con el emperador, traía la convicción de que el ejército de Portugal era instrumento de grandes designios; de que sus largos sacrificios no serían infructuosos, de que se le iban á enviar socorros proporcionados á la importancia de su empresa, y de que se necesitaba un poco de paciencia para que estuviera en actitud de llevarla á glorioso remate. Sus discursos, pronunciados delante de todos los generales y repetidos á muchos oficiales por ellos, establecieron la opinión de que no se les sacrificaba á un objeto insignificante, y de que para obtenerlo convenía ante todo permanecer donde estaban entonces y después operar el paso del Tajo. Gran bien fué éste para la moral del ejército, y compensó en parte el mal efecto producido por la debilidad de los últimos socorros. Por desgracia la llegada del general Foy aumentó los apuros del general Drouet, pues los despachos, que á la sazón se le entregaron en un paquete, contenían la instrucción más formal que nunca de socorrer á Massena, pero sin dejarse cortar de ningún modo de Almeida y de Ciudad Rodrigo; y permaneciendo con el ejército de Portugal se hallaba tan cortado como Massena de estas dos plazas. De consiguiente hubo que hacer nuevos esfuerzos para persuadirle, bien que, llegada la hora de pasar el Tajo, la inminencia de esta operación fué un argumento al cual Drouet no opuso resistencia. Una vez más consintió en quedarse en Leiria á la espalda y hacia el flanco del ejército de Portugal.

Con las últimas tropas llevadas por el general Foy ascendía este ejército á una fuerza total de cincuenta y cinco mil hombres. Massena estaba determinado á operar el paso del río, mas sobre esto se habían suscitado muchas objeciones, y así quiso conferenciar con sus lugartenientes para concordarles sobre una operación que no podía tener buen suceso sin la concurrencia firme é ilimitada de todos. Además, la presencia del general Foy, depositario de la voluntad terminante de Napoleón, había de ser de excelente efecto ante los generales reunidos. Decidióse, pues, á congregarlos, bien que, no queriendo apelar al aparato de un consejo de guerra, hizo que la mayor parte de los jefes del ejército, cuyos dictámenes era bueno oír, se juntaran en un almuerzo dado por el general Loissón en Gulgao.

Allí se verificó efectivamente el 18 de febrero esta junta, que bajo una forma amistosa debía tener toda la importancia de un consejo de guerra. El mariscal Massena como general en jefe, el mariscal Ney y los generales Reynier y Junot como jefes de los tres cuerpos de ejército, el general Fririón como jefe de estado mayor, los generales Eblé y Lazowski en calidad de jefes de artillería y de ingenieros, y por último los generales

Foy, Loissón y Solignac por diversos títulos, se hallaron sentados á la misma mesa. Una vez terminado el almuerzo, dijo Massena que de buen grado aprovechaba la ocasión de ver reunidos á sus lugartenientes en torno suyo para oír su dictamen sobre la conducta que debía seguirse; pues era urgente adoptar un partido, no pudiendo ya vivir el ejército donde estaba, muriéndose cotidianamente de fatiga y de inanición los caballos de la artillería y de todos los escuadrones, siendo por tanto apremiante la necesidad de mudar de puesto, y cabiendo elegir entre la retirada sobre el Mondego, donde aún quedaban algunos recursos, y el paso del Tajo, que permitiría vivir sobre el Alentejo sin alejarse de Lisboa, y que, aun cuando muy difícil y peligroso, había venido á ser practicable, merced á la diligencia y habilidad del general Eblé. Solicitando sus pareceres, añadió Massena que antes de darlos convenía que se enteraran de las intenciones del emperador recogidas de su propia boca por el general Foy, que se hallaba presente y podía exponerlas. Entonces Massena invitó á Foy á referir todo lo que había oído á Napoleón en sus diversas entrevistas.

Tomando el general Foy la palabra repitió lo que hemos dicho ya tantas veces sobre la grande utilidad de mantener en jaque bajo Lisboa á los ingleses hasta obligarlos á retirarse ó por el hambre ó á la fuerza; sobre la necesidad que, para lograr este designio, había de cruzar el Tajo á fin de alimentarse en el Alentejo, y de dar la mano al quinto cuerpo, que según las órdenes terminantes expedidas desde París, se debía de presentar dentro de muy poco, y por último sobre la persuasión positiva en que estaba el emperador de que se alcanzaría un inmenso resultado político expulsando de Portugal á los ingleses, puesto que así se les atraería á una paz inmediata. Hablando el general Foy de lo que en sus conferencias con el emperador había oído, hablando con el calor que le era propio infundió en cuantos le escuchaban la idea imperial y el deseo de atenerse á ella. Por discutir quedaban los medios de operar el paso del Tajo.

Entonces Massena sentó las cuestiones siguientes: ¿Se ha de pasar el Tajo? ¿Por qué punto y por medio de qué operación se ha de pasar? Si se descubrirían grandes dificultades en pasar este río á la vista de los ingleses, ó ya pasado, en estar divididos en ambas riberas con un puente de solidez insegura, ¿no sería más cuerdo en la imposibilidad de vivir ya donde estaban entonces, ejecutar un movimiento retrógrado de poca importancia, retirándose por ejemplo sobre el Mondego, cuyo valle no había sido aún devastado y que ofrecía por principal establecimiento la ciudad de Coímbra, desde la cual se podría tener en jaque á los ingleses hasta recibir de Francia los socorros que eran tan necesarios?

Apenas sentadas estas cuestiones, con un fervor de palabra al que hubiera sido menester que correspondieran más los hechos, se lanzaron todos á la última cuestión cual si se presentara la primera y no hubiera otra, cual si fuera un crimen suscitara, y se la declaró indigna de ser discutida, como que era diametralmente opuesta á la voluntad del emperador. El mariscal Ney, que veía dificultades en quedarse y en irse, en pasar el Tajo y en no pasarle, manifestó que á ningún precio quería la retirada sobre el Mondego, ante todo por ser

contraria á las intenciones del emperador, y después por estar erizada de inconvenientes, pues en su concepto, se hallarían destruídos todos los caminos y tan devastados como el país de Santarem el de Coímbra, porque la artillería y los escuadrones acabarían de perder sus caballos en la travesía, y habría que sacrificar el tren de puente construído á tan grande costa, y porque aun cuando se retrocediera á mitad del camino tan sólo, á los ojos del enemigo tendría este movimiento apariencias de un ejército definitivamente en retirada y se comprometería de esta suerte el honor de las armas. Después de la alocución del mariscal Ney, cada cual encareció su dictamen y sostuvo con ardor extremado la idea del emperador, explicada por el general Foy, como si allí estuviera el emperador en persona, y se quemó á la imagen del dios ausente todo el incienso que se hubiera quemado si se hallara delante.

Segregada la idea de la retirada sobre el Mondego, quedaba la de pasar el Tajo. Por peligrosa que esta operación fuera, y según lo antedicho, parece que debieran haberse dedicado á descubrir las facilidades de ella más bien que sus dificultades. No fué así, sin embargo, pues ya probado el celo por cumplir la voluntad del emperador, quedaban los peligros de la operación que todos conocían muy á las claras. Desde luego se partió de la idea de elegir á Punhete por punto del paso, hallándose allí los talleres establecidos y echados dos puentes sobre el Zezere, y cerca así el ejército de Abrantes y por consiguiente en aptitud de embestirlo y tomarlo. Con fuertes cabeceras de puentes sobre el Zezere y sobre el Tajo, con toda una división dejada para su custodia y para conservar la posesión de la orilla derecha, se podía ocupar con el grueso de su ejército la llanura del Alentejo, vivir allí y alargar la mano al quinto cuerpo. Junot apoyaba mucho este proyecto, cuando el general Loissón, que conocía mejor que él la confluencia del Zezere y del Tajo, como que estaba acampado en ella, dió á conocer los peligros del plan propuesto. Según su dicho, habría que guardar estas cabezas de puente por un lado contra el ejército británico salido de sus líneas y por otro contra la guarnición de Abrantes, que de resultas de la unión del cuerpo de Hill era un verdadero ejército. Aunque muy fértil el Alentejo, estaría agotado en las cercanías del Tajo por los forrajes allí hechos para alimentar las tropas inglesas; habría que alejarse para encontrar víveres. ¿Y qué sería entonces de la división dejada á la derecha del Tajo? ¿No correría los mayores peligros? ¿No sería este el caso de examinar seguidamente la cuestión referente á pasar el Tajo todas las tropas, replegando á la orilla izquierda el tren de puente y buscando allí sitio donde estuviera á buen recaudo para hacer de él uso en el caso de que se necesitara?

Al instante fué rechazada por Junot la idea de que el ejército hiciera asiento principal en la llanura del Alentejo, y á la verdad ofrecía grandes dificultades, porque era aún más difícil para un simple puesto que para una división mantenerse á la orilla derecha del río para conservar el tren de puente. Así por este sistema había que sacrificar todo el material del paso por completo, se perdía además la orilla derecha, y el ejército de Portugal cambiaba su papel por el ejército de Andalucía y tenía que tomar á Lisboa por la orilla izquierda del

Tajo. Realmente por allí no estaban las líneas formidables de Torres Vedras, pero defendía el río á Lisboa, como situada á la orilla derecha: delante de la ciudad tiene el Tajo una legua de anchura y toma el nombre de mar de la Paja, y aun cuando se angosta de nuevo frente por frente de Lisboa, todavía presenta un brazo de mil metros por lo menos, más allá del cual podían alcanzar algunas bombas, pero sin gran fruto, sin muchas probabilidades de conseguir que lord Wellington se moviera de sus líneas de resultas. Con evidencia todo proyecto de ataque fundado en una sola ribera pecaba de falso en principio, dado que la una presentaba el obstáculo de las líneas de Torres-Vedras, la otra el obstáculo del Tajo y la única idea admisible era á la vez ambas, para hacerlas base de un doble ataque y de un completo bloqueo.

Pero las dificultades de la división del ejército en las dos orillas con un puente inseguro, con fuerzas que no permitían tener á cada lado un cuerpo numeroso, se reproducían de continuo. Así se vino á examinar la idea de pasar por más abajo, esto es, cerca de Santarem, donde por decirlo así serían invencibles, al menos según opinaba el general Reynier, que conocía bien esta posición como que la ocupaba ya hacía cinco meses. Éste afirmaba con efecto que todo el que atacara de frente la posición de Santarem sería arrollado á la falda de las alturas, y que todo el que la quisiera salvar, pasando el río Mayor que la une á la cadena de la Estrella, sería envuelto y cogido. Admitiendo este doble aserto como positivo y pasando cerca de Santarem el Tajo, se podía dejar al general Reynier flanqueado por Drouet sobre la derecha del río, trasladarse en seguida con el grueso del ejército á la izquierda, y próximos así unos á otros, teniendo medios de ayudarse mutuamente durante el paso, contando, ya operado éste, sobre la derecha con la fuerza de la posición de Santarem y sobre la izquierda con la fuerza de las dos terceras partes del ejército, ya era lícito contemplarse muy poco menos que seguros. Por la elección de este punto se hallaban de consiguiente las ventajas todas, salvo una dificultad que ya dimos á conocer antes y que era la capital por desgracia; consistía en el ensanche que delante de Santarem tiene el Tajo, y sobre todo en las continuas variaciones de su anchura según la crecida ó el descenso de las aguas. Sin embargo, sacrificando algo de la ventaja inherente á la proximidad á Santarem, cabía hallar harto mayores facilidades en la existencia de una isla situada junto á la embocadura del Alviela, riachuelo que se lanza en el Tajo al amparo de las cumbres de Boavista. Hallándose asentada esta isla más allá de la mayor anchura del río, como la de Lobau con relación al Danubio, luego que se llegaba á ella no había más que atravesar un corto brazo. Ocupándolo durante la noche con las fuerzas necesarias, era fácil adherir á ella el puente, que iría así á parar á un punto fijo, invariable, fácil de defender, y entonces se podía considerar el brazo restante no más que como una especie de foso, encima del cual bastaría tener un puente levadizo.

A esta manera de operar había una objeción tan sola, que por desgracia pareció al general Eblé mucho más grave de lo que en realidad era. El tren de puente se hallaba en Punhete; llevarlo por tierra hasta la embocadura del Alviela hubiera exigido fuerzas de traslación de

que se carecía, estando fatigadísimos todos los caballos, y exigía además tiempo de sobra para que el enemigo se penetrara de nuestro proyecto; bajarlo hasta allí por las aguas del Tajo, exigía más de una noche, y obligaba á pasar, siguiendo los recodos del río, á lo largo de la ribera enemiga y tan cerca del fuego de los ingleses que el tren de puente corría riesgo de ser destruído.

La grande autoridad del general Eblé, que había operado una especie de maravilla creando este tren de puente y cuya opinión fué apoyada por Massena, arrasó todos los pareceres, y sin que nadie lo sospechara, se volvió la espalda á la fortuna, descuidando la isla, que hubiera sido una segunda Lobau; ¡por qué Napoleón, cuyo superior golpe de vista supo tan perfectamente hallar el medio de cruzar el Danubio delante de doscientos mil austriacos, no se encontraba allí en lugar de permanecer en París ocupado en preparar la funesta expedición á Rusia!

Sea como quiera, desechada la posibilidad de pasar junto á Santarem, no se sabía á qué plan atenerse, después de desaprobado también el paso por cerca de Abrantes á causa de las razones referidas. Divagábase de consiguiente, cuando el general Foy, imbuido en la idea de que las órdenes imperiales serían fielmente ejecutadas, y de que el mariscal Soult no resistiría al persuasivo fervor de sus cartas, dijo que según todas las probabilidades dentro de ocho ó diez días debería aparecer el quinto cuerpo á la izquierda del Tajo y que entonces caerían por sí mismas todas las dificultades, pues los ingleses á la vista del quinto cuerpo no perseverarían frente por frente de Punhete, quedaría limpia la orilla izquierda y como en plena paz se pasaría el Tajo por este punto. Además añadió que luego que se les reuniera el quinto cuerpo no habría motivo para inquietarse por la división del ejército en las dos orillas del río, y cruzado éste, se podría bajar el puente hasta la embocadura del Alviela y lograr así la ventaja de la concentración de fuerzas cerca de Santarem. También era probable que se tomase á Abrantes y que así hubiera manera de hacer sólido el puente, prescindiendo de que del mismo Abrantes no partirían ya los medios de destruirlo.

Tan verosímil parecía la llegada del quinto cuerpo, según lo que se había anunciado, que todos se rindieron á las razones del general Foy; y con efecto, si el quinto cuerpo había de llegar á Badajoz, no había que vacilar en esperarle diez días y aun veinte. El mariscal Ney, que permaneció silencioso por largo tiempo, apoyó mucho este dictamen: todos los asistentes se adhirieron á él con ahinco porque esta solución les sacaba de embarazos, excepto, sin embargo, Reynier, que afirmaba no poder vivir más de cinco á seis días donde estaba sin apurar cuanto tenía de reserva. Cuando se está muy interesado en una eventualidad se cree alternativamente en ella demasiado ó hartó poco. Reynier dijo que se contaba con la llegada del quinto cuerpo, que también él quería contar con ella, pero que la hallaba mucho menos cierta de lo que se pretendía; que las órdenes se podían haber atrasado en el camino; que aun después de llegadas, era menester prepararlo todo para cumplirlas; que acaso el mariscal Soult quisiera tomar á Badajoz antes; que así podría muy bien no tener efecto aquella llegada anunciada una vez y otra tan pronto

como se creía; que entretanto sus soldados se morirían de hambre; que en el estado angustioso en que se hallaban no respondía de su obediencia; que unos días antes ó después habría que adoptar un partido y con mucho más apuros entonces, pues se habrían consumido los víveres de reserva en gran parte y perdido una mitad más de los caballos de la artillería y los escuadrones, por lo cual valía más aventurar una tentativa sin demora, fuera la que fuera; que en caso de necesidad se podía emplear todo el ejército en el paso, dado que él solo se encargaba de guardar el campo de Santarem hasta las fuentes del río Mayor.

Réplicas provocó el calor de Reynier muy vivas, y se iba á disputar en vez de tomar una resolución, cuando Massena interrumpió la conferencia. Bien veía que generalmente se inclinaban todos á aplazar la operación hasta la llegada del quinto cuerpo, llegada que se esperaba de buena fe sin duda, y anunció que en efecto estaba determinado á aguardar unos días. Para aplacar á Reynier se convino en que le ayudaran á vivir todos y en que se le permitiera registrar las islas del Tajo, donde había grandes recursos, y donde no se había querido presentar por miedo de atraer allí al enemigo y de comprometer algunas de las barcas construídas tan laboriosamente. Decididas estas cosas, se separaron con la esperanza de ver zanjadas muy luego todas las dificultades de resultados de la aparición del quinto cuerpo y con la opinión de que era menester esperar, opinión de que participaban todos, salvo Reynier, por las razones que se han expuesto, salvo Massena, cuyo espíritu sencillo, positivo y de una exactitud infalible, nunca se mecía en vanas ilusiones. A su superior golpe de vista sobre el campo de batalla juntaba Massena un juicio delicado y seguro, desarrollado por las contrariedades de la vida militar, en que los hombres no son otros que fuera de ella, y de ningún modo se lisonjeaba de que el mariscal Soult corriera en su ayuda. Harto conocía la España y los hombres para que creyera en tal socorro, y así se inclinaba á emprender de seguida la retirada sobre el Mondego, porque no se vislumbraba auxilio por el lado del Mediodía, y la llegada del general Drouet le había enseñado á no esperar por el lado del Norte. Coímbra, posición á la verdad menos molesta para los ingleses, menos ofensiva respecto de ellos y menos imponente por tanto, pero situada en un país todavía nuevo, cerca de la frontera de España, al alcance de los recursos que se podían sacar de ella, al alcance por lo menos de la división Claparede, le parecía muy sensato que tomara desde luego, antes de que la necesidad apretara, antes de que se perdiera mayor número de caballos del tren y de la artillería. Pero habiendo impedido la adulación del emperador aun desde lejos que se concediese siquiera á este dictamen el honor de ser examinado, se le hacía al mariscal Massena muy cuesta arriba adoptarlo á pesar de la opinión de todos los generales del ejército: además, fundándose este dictamen en la inverosimilitud de los socorros anunciados, ¿quién hubiera creído al mariscal, salvo Reynier, á quien iluminaba el hambre, si dijera que el ejército de Andalucía no asomaría por debajo de Abrantes ni dentro de diez días, ni dentro de veinte? ¿No se le hubiera censurado universalmente por abandonar el Tajo sin una necesidad demostrada?

Cada cual se retiró á sus cuarteles después de la conferencia de Golgao, aguardando á falta de los socorros que no habían ido de Castilla la Vieja los que debían llegar de Andalucía. Fuertes detonaciones oídas de vez en cuando hacia la parte de Badajoz, distante unas veinte leguas, hacían suponer que el mariscal Soult asediaba esta plaza, y que terminado el asedio, se encaminaría sobre el Tajo. Cotidianamente se aplicaba el oído á tierra para percibir de una manera más distinta estos signos de proximidad dados por los franceses, y según el giro del viento los traía ó los desviaba, sentíase alegría ó tristeza en el ejército de Portugal cruelmente abandonado, aun cuando en él reposaban los destinos de la guerra y del imperio.

Para juzgar de la probabilidad de los socorros tan prometidos y tan impacientemente esperados, es menester trasladarse á otro punto, y saber lo que pasaba en Andalucía y hasta en Aragón, provincias cuyas operaciones se enlazaban unas con otras. Se ha visto en el libro precedente que la hábil dirección dada por el general Suchet al sitio de Lérida, le había valido el encargo de asediar sucesivamente á Mequinenza, Tortosa y Tarragona; que por este motivo parte de Cataluña había sido agregada á su mando, y que terminados estos sitios, el general debía bajar hacia Valencia. El mariscal Macdonald, jefe de Cataluña, tenía que combinar sus movimientos de modo de ayudar al jefe de Aragón en los suyos. Administrando siempre el general Suchet con la misma solicitud su provincia y su ejército, había conseguido mantener éste en veintiocho mil combatientes de cuarenta mil hombres de efectivo. De éstos, doce mil guardaban los puestos importantes y diez y seis mil ejecutaban las operaciones activas. Prestando no menos atención al material que al personal de su ejército, supo Suchet reunir poderosos medios de ataque, y tomó en pocos días á Mequinenza, plaza muy pequeña, bien que de difícil acceso é importantísima porque domina parte del curso del Ebro. Le quedaban por tomar Tortosa y Tarragona, dos plazas las más fuertes de Cataluña y Aragón, y aun quizá de España, si se exceptúa Cádiz. Tortosa se halla situada en el bajo Ebro, casi en su embocadura, y domina, además del desagüe de este río en el mar, la comunicación directa entre Cataluña y Valencia. Tarragona, situada más al Norte, entre Tortosa y Barcelona, á orillas del mar, en el centro de un país fértil, rodeada de fortificaciones formidables, defendida á la vez por los españoles á la parte de tierra y por los ingleses á la parte del mar, tenía la doble importancia de su fuerza y de su posición, y era al Noroeste de la península lo que en Cádiz en el Mediodía y lo que Lisboa en el Noroeste. De Tarragona, como de un centro, arrancaba la *insurrección* española de Cataluña, Aragón y Valencia, bajo las órdenes del general Blake, y más recientemente bajo las del general O'Donnell en todas direcciones, para penetrar por Lérida en Aragón cuando aún no había caído en nuestro poder esta plaza, para amenazar á Barcelona por el camino de Ordal, para desembocar por Tortosa y el bajo Ebro sobre Valencia. Pero convenía aislar á Tarragona primero de lanzarse á tomarla, y con esta mira, después de apoderarse el general Suchet de Lérida, que la enlazaba con Aragón, quería apoderarse de Tortosa, que la enlazaba con Valencia.

A esto dedicó Suchet los últimos días de 1810 y los primeros de 1811. La gran dificultad que tenía que superar este caudillo para asediar á Tortosa consistía en el transporte de un gran material de artillería; mas por fortuna la toma de la pequeña plaza de Mequinenza había proporcionado, además de muchos objetos útiles para un asedio, las gargantas por entre las cuales corre el Ebro hacia el mar. Con lo mejor que había en Lérida y en Mequinenza compuso el hábil general Valée un inmenso parque de artillería; le agregó los útiles y las municiones necesarias, y poniéndolo todo en veinte grandes barcas, aguardó al pie de Mequinenza las crecidas del río para descender hasta Tortosa. Sin embargo, como estas crecidas no podían tener lugar antes del invierno, emprendió el general Suchet la construcción de un camino de tierra que, cruzando las montañas de la baja Cataluña, desembocara por la vía más corta en el bajo Ebro. Trabajando en medio de los calores y de las picaduras de los mosquitos padecieron allí cruelmente los soldados como en todos los puntos de España; pero bien alimentados, bien pagados, sobrellevaron con paciencia sus sufrimientos y ejecutaron con vigor la tarea que se puso á su cargo. Mientras se trabajaba en este camino, el general Suchet embistió á Tortosa por las dos márgenes del Ebro, llevando á la división de Háber por la izquierda, á la división de Leval por la derecha del río y repelió uno después de otro á O'Donnell hacia Tarragona y á Caro con los valencianos hacia Valencia. Por último, para que el mariscal Macdonald, encargado de tomar posición cerca de él y de darle ayuda, no hallara dificultad en los mantenimientos, abandonóle porción de almacenes que su previsión había formado.

Estas operaciones militares exigieron no menos que algunos meses, y viniendo al cabo el otoño y permitiendo las crecidas del agua conducir á Tortosa la parte de material imposible de transportar por tierra, el general Suchet abrió trinchera delante de la plaza del 19 al 20 de diciembre.

Tortosa, situada á la margen izquierda del Ebro, no lejos de su embocadura, aunque sí lo bastante para que la marina inglesa no pudiera llevarle socorro, está construída á la falda de los estribos que se desprenden del Alba, parte á orillas del río, parte sobre la extremidad de las cumbres, de manera que su recinto, prolongándose alternativamente por el llano ó trepando á las colinas, seguía todas las sinuosidades del terreno. Estaba regularmente fortificada, guarnecida por un recinto con bastiones, y tenía además un castillo y muchas obras avanzadas. La parte de la ciudad á orillas del Ebro tenía por defensa el mismo río y más allá una cabecera de puente sólidamente construída. Una guarnición de once mil hombres encerraba la plaza, con un buen caudillo y provisiones en abundancia.

Al general Haxo, llamado á Dantzick, había reemplazado el general Rogniat, espíritu extravagante, pero enérgico y oficial de mérito sumo. Hacia el Sur se había elegido el punto de ataque, entre las montañas y el río, sobre un terreno llano, delante de los bastiones de San Pedro y San Juan, á causa de la facilidad de los trabajos hacia aquel punto. Apoyándose nuestro ataque principal en la izquierda del Ebro, debía ser apoyado por un ataque accesorio, el de la cabecera del puente. A la derecha estaba expuesto á los fuegos de un fuerte exte-

rior, denominado de Orleáns, en memoria del duque de Orleáns que en 1708 tomó la plaza por este lado. Abrióse, pues, trinchera delante de este fuerte, para distraer sus fuegos y tomarlo oportunamente cuando llegara el momento de los asaltos.

Abierta atrevidamente la trinchera muy cerca del recinto, fué adelantada con vigor y de modo de perder poco tiempo en trabajos de aproche, y efectivamente á los pocos días se llegó al pie de las obras y casi al camino cubierto. La guarnición multiplicaba sus salidas con la intención de entorpecer nuestros trabajos, y especialmente el 2 de diciembre ejecutó una impetuosa, no sobre los frentes del Sur que eran los atacados, sino sobre los del Este, á fin de sorprender nuestras trincheras por la espalda. Tres mil hombres briosamente conducidos asaltaron de súbito á nuestros operarios, mataron á muchos oficiales de ingenieros y comenzaron á poner en desorden nuestras trincheras, cuando acudiendo los generales Háber y Abbé con las reservas de los regimientos 44 y 116 de línea, y del 5.º de ligeros les atajaron el paso y les volvieron á encerrar en la plaza, pinchándoles con las bayonetas, después de causarles una pérdida de cuatrocientos hombres entre muertos y prisioneros. En esta acción vigorosa vióse á un oficial destinado á hacer una brillante carrera, el capitán Bugeaud, acosar al frente del regimiento 116 á los españoles hasta el pie de los muros con una intrepidez admirada de todas las tropas. A pesar de esta salida enérgica la ruptura del fuego no se dilató un solo día, y al siguiente, que era el 29 de diciembre, después de algunas reparaciones indispensables en nuestras obras, cuarenta y cinco bocas de fuego, divididas en diez baterías, vomitaron sobre la plaza una granizada de granadas, bombas y balas y desmantelaron por dondequiera las murallas contra que se daba el ataque. Ya el 30 se empezaron á formar dos brechas, una á la derecha sobre el elevado fuerte de Orleáns y otra á la izquierda en el bastión de San Pedro, y prometían para de allí á dos días libre acceso al arrojo de nuestros soldados. Después de emplear el día 31 en perfeccionar los aproches, tornóse á romper el fuego el 1.º de año, con lo que las brechas se hicieron practicables del todo. Los valientes soldados del ejército de Aragón, habilísimos ya y muy osados en esta guerra de asedios, clamaban por el asalto á grandes voces, cuando anunció la intención de capitular una bandera blanca enarbolada sobre la plaza. Pero habiendo solicitado el gobernador que la guarnición se pudiera retirar libremente á Tarragona, negóse el general Suchet á la demanda é hizo que se rompiera otra vez el fuego, de cuyas resultas al punto apareció segunda vez la bandera sobre las murallas. Por informes llegados de lo interior de Tortosa se supo que aquellas vacilaciones consistían en la negativa de la guarnición á quedar prisionera y á obedecer á su jefe. Entonces el general Suchet se presentó audazmente á las puertas del castillo y entró allí con algunos oficiales, amenazó al gobernador con pasar á la guarnición al filo de espada si no se le entregaba el castillo, hizo que se le posesionara de las puertas, y obtuvo que el 2 de enero se rindiera la ciudad y que nueve mil cuatrocientos prisioneros desfilaran por delante de él y depusieran las armas.

Este excelente asedio, dirigido todavía más vigorosa-

mente que el de Lérida, costó al ejército de Aragón diez y siete días, de ellos trece de trinchera abierta, y de quinientos á seiscientos hombres. El general de ingenieros Rogniat y el general de artillería Valée desplegaron allí tanta habilidad como energía.

Muy de otra manera difícil y largo debía de ser el asedio de Tarragona, y todo auguraba que el ejército sería retenido en Cataluña parte del año de 1811. Por consiguiente no había posibilidad de que de él pudiera recibir próximo socorro el ejército de Andalucía.

Durante este tiempo, desde junio de 1810 hasta enero de 1811, no había estado menos ocupado el ejército de Andalucía que el ejército de Aragón.

Como se ha visto, la Junta central, refugiada en Cádiz después de la toma de Sevilla, había dimitido sus funciones en favor de una regencia y de las Cortes. Éstas se reunieron en Cádiz con mucha solemnidad el 24 de septiembre de 1810 y después de asistir á una gran ceremonia religiosa, esta célebre asamblea comenzó por declarar que la soberanía nacional residía en las Cortes; que la dignidad real sería conservada á la casa de Borbón; que hasta que Fernando VII obtuviera su libertad, esta dignidad real sería representada por la regencia recientemente instituída y que las Cortes ejercerían en la mayor amplitud el poder legislativo. Luego de dar estos decretos, la asamblea de Cádiz exigió que la regencia fuera á aceptarlos y á prestar juramento. Habiendo querido eludirlo el obispo de Orense, vióse obligado á someterse tras de una escena harto ridícula para él, y acabados estos preliminares, se puso la asamblea á discutir leyes para operar la reforma de la monarquía española. La regencia, y en la regencia el general Castaños muy particularmente, concertaba con el general Blake, con los otros jefes de ejército y con Enrique Wellesley, hermano de lord Wellington, las operaciones militares.

Cádiz y la isla de León estaban abundantemente provistas de hombres y de toda clase de recursos, y de los que se pueden proporcionar por mar sobre todo. Lord Wellington envió allí al principio cinco mil soldados, de los cuales se le autorizó á retirar tres mil después de la entrada en campaña del mariscal Massena. Muy pronto á los dos mil restantes se agregaron otros cinco mil llegados de Sicilia por culpa de Murat, que después de haber hecho toda suerte de aprestos para una expedición contra esta isla, anunció seguidamente que renunciaba á ella. Sobre los siete mil hombres de tropas inglesas aún encerraba Cádiz de diez y siete á diez y ocho mil soldados, reliquias de todos los ejércitos regulares de España. Los trigos, la carne salada traída de América, los vinos sacados de todas las costas, abundaban en la plaza aunque á precio bastante subido. Sólo se carecía de carne fresca y de forrajes, pero esta privación era de poquísimo efecto en medio de la exaltación que animaba á los habitantes, al ejército y á las Cortes. Nada más faltaba que unión, y aun la unión renacía en los peligros extremados.

A esta fuerza reunida en Cádiz juntábase á la derecha (á la derecha para los españoles) en la provincia de Murcia un conjunto de unos veinte mil hombres, compuesto de las tropas que se habían retirado de los desfiladeros de Sierra Morena y de los *insurgentes* de Murcia, ayudados con frecuencia por los valencianos. Al centro, entre Granada y Sevilla, se hallaban además de los

ferocísimos serranos de Ronda los contrabandistas de los alrededores de Gibraltar, á la sazón ociosos y muy hábiles en el ejercicio de guerrilleros. Por último, á la izquierda, junto á la embocadura del Guadiana, en el condado de Niebla, otros contrabandistas muy activos, y más arriba por el mismo Guadiana, entre Badajoz, Olivenza, Elvas, Campomayor, Albuquerque, estaba el ejército de la Romana, fuerte de veintisiete á veintiocho mil hombres, de los cuales siete ú ocho mil se habían incorporado á lord Wellington á las órdenes del marqués mismo.

Con estas diversas reuniones de gentes, favorecidas por el terreno y por el clima, habían logrado los generales Blake y Castaños paralizar completamente los tres cuerpos que formaban el ejército de Andalucía. Su plan estribaba en aprovecharse de la presencia de las tropas inglesas y españolas reunidas en Cádiz y en Gibraltar, para hacer frecuentes salidas sobre el frente y las alas del primer cuerpo y contrariar cuanto les fuera posible al mariscal Víctor en sus preparativos encaminados á sitiar la plaza; para sostener con otras salidas, tanto de Cádiz como de Gibraltar, á los serranos de Ronda y atormentar de todas maneras al general Sebastiani por el lado de Granada y de Málaga; para ejecutar, en fin, continuos descensos á las bocas del Guadiana, dar allí la mano á los *insurgentes* del condado de Niebla y correr sin descanso entre las cinco plazas de Olivenza, Elvas, Badajoz, Campomayor y Albuquerque, de modo de no dejar un momento de respiro al quinto cuerpo ni al mariscal Mortier que lo mandaba. Nada les importaba ser batidos á tal de no someterse nunca, de no estar un solo día parados, de no consentir á los franceses un solo instante de reposo. Ya desechado por los españoles el amor propio de ganar batallas, esta guerra de partidas, apoyada en Valencia, Murcia, Gibraltar, Cádiz, el mar, el Guadiana y las cinco plazas de Extremadura, debía serles tan ventajosa como la que hacían en el Norte; y efectivamente, realizando todo el año de 1810 sus esperanzas, se había puesto en claro el error cometido por los franceses al trasladarse á Andalucía antes de haber pacificado el Norte de España y expulsado de Portugal á los ingleses.

Ocupado alternativamente el general Sebastiani en Ronda y en las Alpujarras, vióse obligado una vez á marchar en masa contra Blake, á quien batió en Baza, y otra á dar batalla en Fuenciróla á los ingleses, á quienes compelió á reembarcarse. Por último, reunido á un destacamento del quinto cuerpo, procedente de Sevilla, le forzó la necesidad á quemar los principales lugares de Ronda, sin sofocar la *insurrección*, aun habiendo logrado repeler á Gibraltar á las tropas que fomentaban de continuo las turbulencias de aquella serranía.

Menos cansada había sido la campaña del primer cuerpo, menos costosa en hombres, porque no se había tenido que mover tanto de su puesto, sin que á pesar de todo dejara de ser laboriosa á causa de los trabajos de embestida que constituían su tarea. Auxiliado el mariscal Víctor por el hábil general de artillería Senarmon, que tanta osadía y presencia de ánimo había acreditado en Friedland y en Uclés, abarcó por medio de una serie de reductos perfectamente colocados, y muy bien adaptados á su objeto, todo el espacio que se extiende desde el Puerto de Santa María á Puerto Real

y desde Puerto Real á Sancti Petri. Armólos con doscientas cincuenta bocas de fuego del mayor calibre, fundidas todas en Sevilla: á viva fuerza tomó al enemigo el Trocadero y el fuerte de Matagorda, que formando una punta saliente en la rada, podía cubrir á Cádiz de proyectiles: hizo fundir en Sevilla un mortero de nueva invención que disparaba bombas á distancia de dos mil cuatrocientas toesas, alcance muy bastante para incendiar á la infortunada ciudad de Cádiz; y dispuso que se aprestaran gran número de esta clase en Sevilla para colocarlos en el fuerte de Matagorda. Además cogió y mandó carenar y aun construir ciento cincuenta lanchas cañoneras armadas de gruesos cañones, con bateles de transporte para diez mil hombres, y mandólas llevar costeando la playa desde las bocas del Guadalquivir á la embocadura del Guadalete; mas para trasladarlas desde este punto á la rada interior de Cádiz, donde se necesitaba de ellas, había que doblar la punta del fuerte de Matagorda, tan próxima á los fuegos enemigos que peligrara mucho esta preciosa escuadrilla de resultas. A fin de eludir la dificultad, dispuso el mariscal que se colocaran sobre ruedas y se condujeran por tierra desde el Puerto de Santa María hasta Puerto Real. Por consiguiente, los trabajos preliminares iban ya muy adelantados. Con todo, aún faltaban marineros para tripular la escuadrilla, no siendo bastante numerosos los marineros de la guardia; faltaban artilleros para servir esta inmensa artillería, y faltaba una masa de proyectiles y de municiones proporcionada al uso extraordinario que se debía hacer de ella. Se hubiera necesitado por fin un refuerzo de infantería, pues el mariscal Víctor, que de un efectivo de más de treinta mil hombres había conseguido poner en línea de veintiuno á veintidós mil combatientes, apenas tenía quince mil disponibles ahora.

No cesaba de decir que si se le proporcionaran quinientos ó seiscientos marinos más, unos mil artilleros, pólvora y proyectiles en cantidad bastante y un refuerzo de algunos miles de hombres de infantería, pasaría el canal de Sancti Petri con ayuda de su escuadrilla, se apoderaría después de la isla de León á la bayoneta, y de allí marcharía sobre la plaza de Cádiz por el arrecife, mientras el fuerte de Matagorda disparara sobre ella una masa formidable de fuegos. Además añadía que, con presentarse por algunos días una escuadra francesa delante de Cádiz, donde sólo había ocho navíos ingleses, la ciudad se rendiría sin demora, y que ya en nuestro poder la plaza, nada tendría que temer del enemigo esta escuadra, y antes bien estaría allí tan segura como en Tolón. ¡Qué resultado no obtuvieran á la verdad los diez y ocho navíos del almirante Ganteaume presentándose con doce ó quince mil hombres de desembarco y un gran cargamento de municiones! ¡Probablemente hubieran hecho cambiar la faz de las cosas en la península, pues tomada Cádiz se pudieran enviar acto continuo treinta mil hombres sobre Lisboa, lo cual hiciera casi segura la caída de las líneas de Torres-Vedras! Después de haber entregado tantas veces las escuadras francesas á la aventura, ¡qué ocasión más propicia para arriesgar otra aunque hubiera de perecer entera! Jamás la grandeza del objeto justificara mejor la grandeza del sacrificio.

No sólo no recibía el mariscal Víctor el socorro naval que había solicitado tantas veces, sino que el mariscal